

Nosexo

Pero por encima de la necesidad universal, existencial, de unión, surge otra más específica y de orden biológico: el deseo de unión entre los polos masculino y femenino. La idea de tal polarización está notablemente expresada en el mito de que, originariamente, el hombre y la mujer fueron uno, que los dividieron por la mitad y que, desde entonces, cada hombre busca la parte femenina de sí mismo que ha perdido, para unirse nuevamente con ella.

Erich Fromm *El Arte de Amar*

PRIMERA PARTE
EL MUNDO DEL NO SEXO

En la medida en que uno puede olvidarse del cuerpo es feliz —dijo Lady Bennerley—. Y en el momento en que uno empieza a ser consciente de su cuerpo es desgraciado. Así que si la civilización vale de algo, tiene que ayudarnos a olvidar nuestros cuerpos y entonces el tiempo pasaría felizmente, sin que nosotros nos diéramos cuenta.

D. H. Lawrence *El Amante de Lady Chatterle*

Bradley se dirigió a la cocina y preparó a toda velocidad un desayuno frugal. Ante la mirada de su madre, Chloe, dispuso sobre la mesa de madera clara unos bollos con trocitos de chocolate y una taza de leche con café instantáneo incorporado.

—Buenos días, por cierto —dijo la madre de Bradley.

—Sí, buenos días, pero ya sabes que llego tarde a clase.

—Será porque te organizas mal. Levántate antes, no te quedes pegado a las sábanas, no estés una hora en el baño, no tardes una eternidad en elegir la ropa...

—Yo no tardo una eternidad en elegir la ropa —replicó Bradley al tiempo que le daba un mordisco al bollo—, en realidad soy bastante poco selectivo con las prendas que me pongo; simplemente intento vestir de una manera cómoda.

Pasaron unos segundos en los que sólo se escuchó el ruido de la masticación de Bradley y el lejano murmullo del tráfico.

—De acuerdo. Buenos días, hijo.

—Buenos días madre.

—Así está mejor.

Chloe contempló con cariño a su hijo mientras engullía el último bocado (una pepita de chocolate se le pegó a la comisura de la boca). Observó su melena despeinada, la barba de varios días que le crecía de manera desigual, su aire desmañado de adolescente eterno. Sintió una punzada de compasión al constatar la nostalgia —casi amargura— que reflejaba su mirada, enmarcada por esas ojeras tan profundas.

—Me tengo que ir. Se hace tarde.

—Que tengas un buen día hijo.

Bradley se limpió la boca con una servilleta, llevó la taza sucia al fregadero y salió de la cocina. Cogió su mochila que descansaba junto a la puerta de entrada y se marchó dando un portazo. Su madre permaneció mirando por la ventana, hasta que lo vio aparecer en la calle y subirse luego sobre su bicicleta. A pesar de que su hijo tenía ya veinticinco años, no se acostumbraba a la soledad que la embargaba cuando éste salía de casa. Habían pasado trece años desde que su marido, el padre de Bradley, muriera de un fulminante cáncer de páncreas. Las cosas serían muy diferentes si él estuviera todavía conmigo, se dijo. También serían muy distintas para Bradley: fue tan difícil para él superar la pérdida de su padre, y encima siendo alguien tan especial, con esa gran particularidad que lo hace único, diferente a todos los demás...

Todo estaba en silencio y una quietud casi orgánica pareció apoderarse de la pequeña cocina. Chloe observó a su hijo: una diminuta y borrosa silueta móvil alejándose de ella en medio de la niebla y fundiéndose definitivamente con el tráfico.

Bradley avanzaba a gran velocidad, esquivando coches eléctricos y alguna que otra motocicleta con motor de hidrógeno, mientras mechones de su melena ondeaban y flotaban sobre sus hombros. Al llegar al final de la avenida Raastan, torció a la derecha y enfiló una larga recta con sicomoros a ambos lados de la calle y jardines repletos de adelfas. Manchas fugaces de lila y rosa pálido parpadearon en los límites de su campo visual; tres niños asiáticos se disponían a cruzar por un paso de cebra, así que Bradley frenó aunque sin detenerse del todo, los niños pasaron frente a él caminando ensimismados, y uno de ellos volvió la cabeza y le dedicó una mirada fugaz. Por fin Bradley reanudó su pedaleo y segundos después, para coronar la pequeña cuesta

del final de la calle, conectó el motor auxiliar eléctrico. Los sicomoros dieron paso a una sucesión de parcelitas de césped bien cuidado que rodeaban, salpicadas de flores, píceas y abetos, viviendas unifamiliares, todas ellas con predecibles columnas blancas de mármol. Al girar en la rotonda, después de la cuesta, pudo ver a lo lejos enjambres de estudiantes que, como él, se aproximaban a los alrededores de la universidad. Aparcó su bicicleta junto a otras en unas sujeciones de aluminio, y con su mochila colgada al hombro se encaminó a la entrada del campus. Todo el recinto estaba rodeado de chopos que ahora, en primavera, inundaban el aire con pelusas que a más de uno le hacían la vida imposible; aquéllos que padecían alergia se podían identificar al instante: los ojos hinchados y enrojecidos, la nariz moqueando, estornudos constantes... Para un diez por ciento de los estudiantes de Ciencias Antropológicas, abril y mayo se convertían en un auténtico infierno. No era el caso de Bradley; más al contrario, la primavera era para él motivo de pasiones tormentosas, versos inflamados y románticos paseos entre millones de esas pelusas flotando gozosas a su alrededor como la nieve artificial de un pisapapeles. El perímetro formado por los chopos incluía cinco edificios de ladrillo construidos diez años atrás. Cuatro de estos edificios se ubicaban en las esquinas de un rectángulo imaginario y eran exactamente iguales. El quinto estaba situado en el centro y presentaba una curiosa forma romboidal. Era, con diferencia, el más grande de los cinco y acogía todas las especialidades universitarias de las Ciencias Humanas Antiguas y del No Sexo (una rama de las Ciencias Antropológicas).

Bradley dejó atrás los dos edificios idénticos que se erigían en ambas esquinas de la entrada y avanzó con su lánguido caminar hacia la estructura romboidal que dominaba, con su imponente altura, todo el campus. Mientras se cruzaba con otros estudiantes que salían de sus respectivas clases, pensó en Irina: una emoción plena de palpitaciones y de presión en la boca del estómago envolvió la imagen evocada de sus preciosas facciones. Probablemente la vería en la cafetería, después de la primera hora de clase, aunque por desgracia lo más seguro es que estuviera en compañía de sus amigos, «y no me extrañaría que estuviera con ella también el estúpido de Marcus» se dijo Bradley. El viril, líder carismático, guapo, encantador, Marcus. Dios, cuánto le odiaba; no podía entender que Irina se sintiera atraída por ese imbécil. Sumido en sus cavilaciones traspasó la puerta de entrada, ascendió por las escaleras hacia el hall principal y anduvo por el pasillo que le llevaba directamente al aula A-5. Cuando llegó, vio que los bancos corridos estaban repletos de estudiantes y de otras personas que siempre acudían como oyentes a las afamadas clases del profesor Boknowsky. Escrutó el aula y comprobó que había un hueco arriba del todo, junto a una pelirroja con gafas. Subió por las escaleras del pasillo lateral y se sentó junto a ella saludándola con un leve movimiento de la cabeza.

Boknowsky era catedrático de Ciencias Humanas y asesor del Gobierno Central en materia de No Sexo. Había publicado cientos de artículos en prestigiosas revistas científicas y se le consideraba una de las mentes más brillantes de las últimas décadas. Debido a sus múltiples y variadas obligaciones sólo dirigía una tesis doctoral a un alumno cada año. Y Bradley había sido este curso ese alumno infinitamente afortunado. A las diez en punto, fiel a su legendaria puntualidad, el profesor Boknowsky entró en el aula vestido de manera impecable: una gabardina beige, un jersey de cuello alto marrón oscuro, pantalones de pinzas color crema y unos lustrosos zapatos negros. A pesar de sobrepasar ampliamente los sesenta años aparentaba menos de cincuenta. Alto, pelo entrecano y bien peinado, gafas de montura fina, casi translúcida y una piel eternamente bronceada. Con sus andares elegantes, parecía levitar sobre la tarima. Puso su maletín negro sobre la mesa, colocó cuidadosamente la gabardina en el respaldo de la

silla y sonriendo barrió lentamente con sus penetrantes ojos grises todo el auditorio, congratulándose en secreto por el abarrotado aforo.

Boknowsky carraspeó. El aula se sumió en un silencio sepulcral. Del maletín extrajo unos folios mecanografiados y los depositó sobre la mesa. Su voz lo llenó todo.

—Buenos días.

(Un número indeterminado de tímidos «buenos días» responden al profesor)

—Como todos ustedes ya saben, antes, en el pasado reciente, todavía existía el sexo.

(Risitas ahogadas, muchos estudiantes se ruborizan, incluida la pelirroja sentada junto a Bradley)

—El sexo era una de las pocas cosas que instintivamente, biológicamente, nos unía todavía a nuestros ancestros simios y por extensión, al resto de los animales. —El profesor Boknowsky se metió las manos en los bolsillos y comenzó a pasear subiendo pausadamente las escaleras del pasillo central del aula—. Esta herencia genética cumplía una función, aunque no vamos a analizarlo ahora porque doy por supuesto que ustedes ya conocen las tesis de Reilly sobre el papel del cortejo y la reproducción.

(Una gran parte del aforo asiente con la cabeza)

—Pero llegó un momento en el cual, para los seres humanos tan tecnológicamente avanzados, capaces de alcanzar altísimas cotas de bienestar, el sexo se estaba convirtiendo en una dimensión, no ya impensable, sino directamente humillante. Humillante y ridículamente reduccionista al someternos todavía a la esclavitud de nuestras pasiones. Ya no tenía sentido seguir encadenados a unas pulsiones primarias que ponían en peligro los estándares de la civilización, que continuamente nos enfrentaban, con sus elevadas dosis de locura hormonal, a nuestros principios racionalistas, a nuestro intelecto. —El profesor Boknowsky detuvo sus pasos, sacó su mano derecha del bolsillo y se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz. Permaneció unos segundos en silencio observando a los alumnos, como si evaluara en sus gestos de admiración beatífica, el grado de aceptación incondicional de sus palabras—. Creo que ya estudiaron el curso pasado, en la asignatura de Antropología Ontogenética, las actualizaciones de Reilly sobre los antiguos trabajos de Desmond Morris. Tan sólo unas palabras de recuerdo para aquellos estudiantes despistados, o para quienes copiaron el día del examen y no memorizaron dicha información.

Boknowsky sonrió al tiempo que se peinaba el flequillo con la mano; decenas de estudiantes se rieron ovinamente congraciándose con él.

—Monos desnudos, eso es lo que éramos. A merced de las señales sexuales que nuestros cuerpos enviaban para aparearse.

(Algunos alumnos ponen cara de asco, otros se tapan los oídos como si estuviese a punto de estallar un petardo junto a sus pies)

—Pechos redondos y grávidos, traseros abultados, caderas ensanchadas, vulvas rojas, bíceps poderosos, mentones desafiantes, machos alfa, feromonas inundando el aire... en definitiva, nada muy diferente de unos chimpancés o de unos orangutanes en celo olisqueándose los genitales en mitad de la selva.

(Toda la clase estalla en una carcajada nerviosa)

—Por poner un ejemplo, analicemos brevemente el papel de los pechos. La evolución les concedió una determinada función, evidentemente, la función propia de los mamíferos que es amamantar a las crías. Pero los pechos cumplían otra función que era... —El profesor Boknowsky se detuvo y escrutó la clase con las cejas elevadas y una media sonrisa—. ¿Alguien quiere contestar? ¿Alguna persona de esta clase que nos pueda decir cuál era esa otra función?

(Los estudiantes, visiblemente azorados, se miran y charlan entre ellos. Varios hacen como si escriben en sus tablets esquivando desesperadamente la fulminante mirada del profesor)

—Ánimo, no es tan difícil —insistió el profesor Boknowsky—. O quizá, sí. ¿Esta cuestión os plantea un dilema ético, un conflicto moral tal vez?

—Los pechos eran un estímulo erótico, una parte de la anatomía femenina que provocaba la excitación de los hombres. —Todas las cabezas se giraron hacia un estudiante muy moreno y con el pelo corto rizado.

—Así es. ¿Podemos saber el nombre del valiente que se ha atrevido a contestar? —preguntó el profesor.

—Me llamo Samir.

—Muy bien Samir. Recuérdeme que le suba un punto en el próximo examen. (Un coro de risas consigue relajar la tirantez del ambiente)

—Sigamos. Estábamos hablando de las mamas. Como decía Morris los senos abultados son una copia de las nalgas, al igual que los labios rojos son una réplica de los labios de la vulva, y en ambos casos actuaban como señales sexuales en la parte frontal del cuerpo incitando al cortejo. Pongamos como ejemplo a los petirrojos; los petirrojos son aves muy territoriales, cuando dos machos rivalizan por los favores de una hembra, sus cuellos rojos son el estímulo señal. Ante la visión del color rojo, atacan irremediablemente, de tal forma que si presentamos un guiñapo pintado de color rojo, también lo harán, puesto que su respuesta a dicho estímulo señal está condicionada biológicamente. Acudamos, para ampliar la ilustración de este fenómeno, al caso de las ranas. Una rana, para alimentarse de las moscas, responde a un determinado patrón estimular —Boknowsky cruzó los brazos y se apoyó en la pared del aula— un patrón que es... efectivamente, lo que representa una mosca, es decir, un puntito negro volando por el aire. Pero si cogiéramos a una rana y la metiéramos dentro de una caja, y del techo de la caja colgáramos atadas con hilos a muchas moscas muertas, ¿qué pasaría? Que la rana se moriría de hambre.

(Se escucha un murmullo)

—La rana tendría suficiente comida, su presa favorita a su disposición, al alcance de la lengua. Pero el problema es que dicha comida se aleja sensiblemente de su patrón estimular: no son puntos negros en movimiento. Las primeras tesis de Reilly sobre la esclavitud animalizada de los seres humanos a las señales estimulares, vemos pues que nacen de Morris y de la etología, pasando además por el Condicionamiento Clásico en la versión más típica del Conductismo.

El profesor Boknowsky continuó su clase magistral interrumpida de tarde en tarde por alguna pregunta a los estudiantes y anécdotas graciosas inteligentemente espaciadas para liberar tensiones y mantener la atención. Comentó brevemente (por ser cosas ya sabidas) el procedimiento de I.E.D o Inhibición Encefálica del Deseo, vulgarmente llamado castración cerebral, y los famosos experimentos previos de Auger. Cuando reflexionaba en voz alta sobre las aportaciones de Reilly al desarrollo del No Sexo, sonó una melodía electrónica de cinco notas que indicaba el final de la clase. El profesor se sirvió un vaso de agua de una botella situada junto a su maletín, encima de la mesa, y observó satisfecho cómo los estudiantes se levantaban de sus bancos. Voces y risas se mezclaban, en un bullicio acalorado, con el estridente ruido de los bancos al rozar sobre el suelo de madera. La masa compacta se fue disgregando en pequeños grupos que abandonaban el aula charlando animadamente. Otras unidades aisladas se iban descolgando del gentío y sumiéndose en una incómoda soledad. Entre estas unidades estaba Bradley, que cuando quiso comentarle algo a la pelirroja de al lado, se dio cuenta de que ya se había alejado para encontrarse con dos amigas sentadas tres bancos más abajo. Así que Bradley,

sintiéndose invisible una vez más, salió de la clase no sin antes saludar con la cabeza al profesor Boknowsky que lo observaba atentamente.

Bradley avanzaba por el pasillo entre estudiantes que se apartaban a su paso como las olas ante el mascarón de proa de un barco. Giró a la derecha, atravesó otro corredor con orlas enmarcadas en la pared y bajó unas escaleras que desembocaban en la cafetería. Antes de llegar le recibió la característica algarabía formada por gritos, mesas y sillas chirriantes, carcajadas beodas, música demasiado alta y tintineo de platos y vasos. Se acercó a la barra y pidió una cerveza a una camarera muy delgada y que tenía la cara llena de pecas. Mientras esperaba escrutó la cafetería en busca de Irina. El sol entraba por los amplios ventanales, justo enfrente de él, deslumbrándolo e impidiéndole una buena visión. Rayos solares como cañones de luz, caían oblicuamente atravesando la atmósfera de la cafetería como si fueran brochazos de pintura blanca perfectamente simétricos. Recorrió con sus ojos el atestado local y se sintió inesperadamente triste al ver que Irina no estaba allí. Sí que pudo distinguir a Misaki, Batista y en una mesa del fondo a Vian. Pero por desgracia ni rastro de Irina. Pegó un largo trago a su cerveza sumiéndose aún más en esa tristeza repentina. Apenas cinco minutos después, Irina entró en la cafetería como si fuera una aparición recién caída del cielo. La hermosa Irina: estudiante del último curso de Desarrollo Audiovisual, veinticuatro años de edad, alta, piernas infinitas, cabello castaño claro, ojos verdes y sonrisa amplia de dientes blanquísimos.

Bradley la vio y sintió cómo el corazón se le encogía en el pecho al tiempo que la mano que sujetaba la cerveza comenzaba a temblar. Siguió con la mirada los estilizados andares de la chica hasta que ésta se detuvo en la barra, a su lado, aparentemente sin haber reparado en él.

—¡Irina! —gritó Bradley.

Irina giró la cabeza y varios mechones caoba se desplegaron sobre sus hombros como flotando a cámara lenta.

—¡Bradley! —contestó ella.

—Hacía muchos días que no te veía. ¿Has estado enferma?

—No, qué va. Será que no hemos coincidido —respondió Irina.

La camarera se acercó.

—Una Coca Cola Tropical, por favor.

—Bueno, cuéntame, qué es de tu vida —dijo Bradley.

Irina dejó su ordenador portátil sobre la barra.

—De aquí para allá todo el día. El poco tiempo que me dejan las clases y el estudio estoy entrenando y el resto, eh... ya sabes, fiestas, bolera cuántica, consola virtual... —Irina sonrió.

—Me lo puedo imaginar —afirmó él. Notó cómo las palpitaciones iban calmándose y la ansiedad disminuía segundo a segundo, permitiéndole centrarse en la conversación—. ¿Qué tal las asignaturas de este año? —preguntó al fin después de un breve silencio.

—Muy pero que muy complicadas. Por algo es el último curso. —Irina cambió el peso de una pierna a la otra y apoyó los codos en la barra—. De todas formas no creas que me agobio. Ya sabes lo que pienso —Irina le guiñó un ojo—, antes de sufrir más te vale echarte a reír.

La camarera depositó sobre la barra un vaso largo de cristal con una bebida burbujeante de color verde oscuro.

—Si, lo sé. Reír no está mal, pero hay otras cosas más importantes —repuso Bradley.

Irina frunció el ceño.

—¡Venga Bradley ánimo! Tú siempre piensas demasiado. Le das tantas vueltas a las cosas que al final se te olvida lo que es pasarlo bien.

—En absoluto. Yo también sé pasármelo bien. Pero coincidirás conmigo que a veces no está de más reflexionar, profundizar, eh... no son cosas incompatibles. ¿No crees?

—¿Quién quiere reflexionar en la bolera? —replicó ella con una breve carcajada.

De una mesa situada junto a la puerta de la cafetería surgieron unos gritos. Irina y Bradley se volvieron a la vez para ver qué ocurría. Un chico alto con la cabeza afeitada agitaba sus brazos chillando. Sus compañeros de mesa le arrojaron unos naipes a la cara y se rieron.

—Parece que los ha desplumado —observó él.

—Eso parece. Por cierto, hablando de bolera cuántica, podríamos ir juntos el próximo fin de semana —propuso de pronto Irina. Bradley tragó saliva y con un murmullo de voz dijo—: Vale.

—¡Genial! —exclamó ella dándole un codazo.

—Así que dices que las asignaturas de este año son difíciles —puntualizó Bradley cambiando de tema. Lo cierto es que después de la invitación de ella para salir juntos el fin de semana, una especie de vértigo le nublabla la mente impidiéndole pensar con claridad.

—Sí, excepto un par de ellas. Hay una que se llama Creación de Entornos Virtuales, y aunque se imparte el último trimestre, ya me han adelantado que es terrible.

—Bueno, el título de la asignatura parece eh... evocador —dijo Bradley.

Ella le dio un trago largo a su bebida y luego exclamó—: Evocador, puede. Pero se trata de generar entornos en tres dimensiones para diferentes aplicaciones. Por ejemplo, para escenarios cuasi infinitos de las consolas virtuales.

—Utilizarás ordenadores cuánticos —comentó él.

—Por supuesto, es que si no lo llevaba claro.

—Yo sólo jugué a los videojuegos hasta los trece años más o menos. Luego, no es que me aburrieran pero no era capaz de disfrutar, de meterme dentro de la acción.

—¿Ni siquiera en los Shot em up de última generación tipo «Ma Liu en Brooklyn»?

—Ni siquiera en esos —corroboró Bradley.

La camarera se acercó y les sirvió un plato con patatas fritas.

—No hemos pedido nada más —dijo Irina.

—Cortesía de la casa —exclamó la camarera mientras se alejaba hasta desaparecer por una puerta batiente.

—Eres incapaz de disfrutar de un videojuego porque te tomas la vida demasiado en serio, ya te lo he dicho alguna vez —argumentó ella mientras se llevaba a la boca una patata frita.

—No es un problema de seriedad sino de profundidad, de buscarle sentido a algo, de ir un poco más allá y no quedarse en la superficie.

—Joder (la palabra joder y sus derivaciones habían perdido su verdadero significado y permanecían en el acervo popular como despojos residuales, términos absurdos que se resistían a desaparecer), ya empiezas a hablar de esa manera tan... tan trascendente.

—Te enviaré algo a tu email y así sabrás lo que quiero decir. O si prefieres, me puedes dar la dirección de tu e-reader, lo mismo me da.

Bradley sabía que se adentraba en terrenos pantanosos. En otras ocasiones en las que había conversado con Irina siempre llegaban a un punto de no retorno. Ella parecía tan poco receptiva a la reflexión, tan superficial... Pero tan hermosa al mismo tiempo. Ser capaz de llevarla a su terreno, aunque fuera solamente unos instantes, se convertía en un desafío que lo enardecía todavía más. Vencer sus resistencias le parecía imposible, dada su impermeabilidad a todo lo que no fuera la diversión y la juerga. Y luego estaba lo del No Sexo, Irina no era diferente al resto. El único bicho raro aquí era él, o por lo menos el único de quien tuviera noticias: la única persona inmune a la castración cerebral. No sabía dónde empezaba su concepción romántica y pasional del amor y dónde terminaba el componente puramente sexual. Pero estaba claro que esa «tara», por llamarlo de alguna forma, lo condicionaba enormemente a la hora de relacionarse con ella.

—De acuerdo, te daré mi dirección de e-reader, toma nota: IrinaM#BOOK5577.

—Bradley sacó de su mochila su dispositivo de pantalla enrollable y tecleó los datos de Irina guardándolos en la memoria de direcciones.

—¿Tú que tal vas con la tesis? —preguntó ella.

—Es un privilegio que me hayan asignado como director al profesor Boknowsky. Aunque todavía estamos empezando, como quien dice —respondió él.

Irina masticaba despacio una patata frita. Los rayos de sol que penetraban por las ventanas perdieron momentáneamente su brillo. Nubes de tormenta cubrían amplias zonas del cielo, y desplazadas por el viento, modificaban alternativamente la luz de la cafetería como si un niño travieso jugara con un interruptor.

—¿Os veis a menudo?

—Mínimo una vez al mes, normalmente dos. Hoy por la tarde, precisamente, hemos quedado en su despacho.

—¿Y no estás apuntado a ningún deporte?

—No, no me va mucho el deporte, ni el juego en equipo.

—Pues no sabes lo que te pierdes —exclamó airada Irina—. No me extraña que seas tan raro porque eso de no formar parte de ningún equipo... Parece que sólo te relacionas con ese gordito que viste con esas ropas tan pasadas de moda, cómo se llama...

—Se llama Karlsson.

—Eso, Karlsson —asintió ella con una sonrisita—. A mí me encanta pertenecer al equipo de fútbol. Además de jugar haces amigos. Cuando terminamos un partido salimos luego todas juntas a pasarlo bien.

Los ojos de Bradley se fundieron un segundo con el aguamarina de las pupilas de ella. Después Irina desvió la mirada y saludó a un chico que se aproximaba hacia ellos.

—¡Marcus!

—¡Irina! —vociferó él. Luego vio a Bradley y lo saludó de una manera gélida—: Vaya, también tenemos aquí al amigo Bradley.

Bradley saludó con la cabeza sin decir nada. Observó con desagrado su mentón prominente, sus anchos hombros, el pelo negro rizado, los bíceps que sobresalían bajo las mangas de la ajustadísima camiseta con el escudo serigrafiado de la universidad.

—A lo mejor interrumpo algo —espetó a bocajarro Marcus.

—No, sólo estábamos charlando —replicó Irina.

Un silencio incómodo hizo que los tres miraran hacia los ventanales de la cafetería; segundos después Marcus dijo—: Allí en esa mesa están los demás, venga, vamos a reunirnos con ellos.

Irina aceptó con una gran sonrisa. Bradley asintió a regañadientes. Ambos cogieron sus consumiciones y sus ordenadores y se dirigieron en compañía de Marcus a una de las mesas del fondo, situada junto a una ventana. Misaki, Batista y Vian charlaban animadamente, y cuando los vieron llegar, se pusieron de pie para recibirles. Todos se dieron la mano. Durante la media hora que estuvieron allí Bradley apenas abrió la boca. Maldecía en silencio al ver a Marcus ensayando ingeniosos juegos de palabras celebrados y reídos a coro por el resto del grupo. Especialmente reídos por Irina. ¿Pero es que no se da cuenta de que es pura fachada, superficialidad sin más, un ente musculoso y vacío sin ninguna vida interior que merezca la pena?, pensaba amargamente Bradley.

—Antes de sufrir más te vale echarte a reír —dijo Irina, estallando todos a continuación en una carcajada, todos menos Bradley, que miró a la superficie de la mesa, intentando encontrar inútilmente en las vetas bicolores de la madera una coartada honrosa a su timidez.

Casi agradeció que sonaran por los altavoces de la cafetería las cinco notas que anunciaban el comienzo de la siguiente clase.

Pasadas las dos de la tarde, Bradley, visiblemente cansado, apagó su ordenador, lo guardó en la mochila y salió del edificio romboidal de la universidad. Las nubes habían cubierto todo el cielo y un airecillo fresco hacía volar las pelusas de los chopos. El paseo central asfaltado bullía de estudiantes que se dirigían hacia el aparcamiento. Las praderas verdes de césped, a ambos lados del paseo, se extendían hasta llegar al perímetro externo del campus. Bradley, además de cansado, estaba hambriento. Se preguntaba qué habría preparado su madre para comer, y fantaseaba con la posibilidad de que una hamburguesa de carne sintética apareciera humeante en su plato nada más entrar en la cocina de su casa. Una gran hamburguesa con olor y sabor a barbacoa dentro de un enorme pan redondo con semillas de lino en su superficie, tomate reconstituido y...

—¡Amigo mío! —una palmada en su espalda lo sobresaltó. Al girarse vio a Marcus desplegando una sonrisa de dientes perfectamente alineados.

—¡Mi querido amigo Bradley! ¿Ya nos vamos a casita eh? ¿Hoy no te sientas bajo los árboles a escribir estupideces en tu cuaderno de papel prehistórico? —exclamó Marcus riéndose.

—Hoy no. Y yo no escribo estupideces —respondió enfadado Bradley.

—Discúlpeme señor poeta.

Bradley se le quedó mirando fijamente sin decir nada.

—Bueno, no te molesto más —Marcus pareció moderar su hostilidad— ya nos veremos.

—Sí, ya nos veremos —susurró con frialdad Bradley. Marcus le dio la espalda y se alejó, pero unos segundos después se volvió y con una mueca de inusitada maldad gritó—: ¡Ya me ha dicho Irina lo de la bolera! ¡El fin de semana nos vemos todos allí!

Bradley sintió un sudor frío que le bajaba por la espalda. La desolación y el estupor lo dejaron clavado allí, en medio del paseo: un espantapájaros con su cabello meciéndose suavemente entre espirales giratorias de pelusas.

Chloe retiró los platos sucios, los vasos y los cubiertos, y los metió en el lavavajillas. Su hijo apenas había abierto la boca durante la comida. Ni siquiera la hamburguesa había conseguido sacarlo de su pesadumbre. Pero la madre de Bradley ya estaba acostumbrada a esos repentinos periodos de autismo. De vez en cuando (cada vez con más frecuencia, pensaba ella) él parecía sumirse en un mundo interior que lo atrapaba desconectándolo de la realidad: un silencio críptico que dejaba entrever una tristeza y un desconsuelo abrumadores. Antes trataba de imaginar cuál podía ser la causa de esos estados melancólicos pasajeros. Tal vez algún problema con una asignatura, quizá atravesara dificultades con su tesis, una discusión con su amigo del alma Karlsson, o esa particularidad suya tan especial que ella intuía. Pero después de darle mil vueltas ya había desistido de encontrar la verdadera razón. Era su carácter y punto. Daba lo mismo en realidad, puesto que cualquier acontecimiento podría desencadenar ese estado. Todo estaba dentro de él: era su mundo interior. En momentos así echaba tanto de menos a su marido... Ellos compartían las cosas buenas y los sinsabores de la vida. Habían conseguido alcanzar un punto de madurez plena en su relación, de confianza mutua después de más de quince años de matrimonio. Adquirieron con el tiempo tal grado de complicidad que en muchas ocasiones cada uno sabía lo que el otro estaba pensando. Y luego estaba el vínculo emocional tan especial que él había construido con su hijo. Bradley lo veneraba, lo admiraba, era feliz cuando estaba con él pescando en el lago artificial, cuando juntos acudían a visitar el Museo de las Especies Extinguidas y volvía a casa con un holograma móvil de un rinoceronte o de un gorila que le había regalado su padre. Seguro que todavía guardaba alguno de esos hologramas por

algún cajón de su habitación. Nunca se le olvidaría cuando aquella tarde del mes de abril, una preciosa tarde llena de luz y sin una nube en el cielo, vio entrar a su marido en casa tras regresar del hospital con el resultado de las pruebas. En ese instante se encontraba en la cocina con Bradley preparando la cena: rebozaban con harina unas gambas sintéticas de surimi. Oyó la llave girando en la cerradura, la puerta abriéndose, y por último vio su cara asomando por el quicio de la puerta. No necesitó decir nada, ella lo supo inmediatamente. Dos meses después murió. Bradley tenía entonces doce años. Los meses siguientes al fallecimiento de su padre, él se replegó en sí mismo. Le dio por hacer una colección, un museo recopilando objetos que habían pertenecido a su padre, o que tenían alguna relación afectiva con él: sus zapatillas de estar en casa, la hoja donde apuntó los resultados de la última partida de dardos virtuales que jugaron juntos, la última foto suya (sujetando una trucha híbrida en el lago artificial), el jersey que todavía conservaba su olor, su bote de café instantáneo... Fue su manera de elaborar el duelo por la muerte de su padre, y ella lo respetó. Pasados esos meses Bradley entró en la adolescencia. Y fue entonces cuando ella se dio cuenta de que las cosas no iban bien. Durante aquel verano, en la piscina hidráulica de olas, comprobó que había algo anormal debajo de su bañador de licra: su hijo parecía tener erecciones de tarde en tarde. Una reacción fisiológica, en principio imposible, desde que tiempo atrás se instaurara la Inhibición Encefálica del Deseo. Además, parecía sentir una atracción desmedida hacia los cuerpos bronceados de las chicas, en especial hacia sus senos. Ella, como es lógico, se avergonzaba de este comportamiento e intentaba por todos los medios convencerlo de lo inadecuado que resultaba mirar con descaro la anatomía femenina. Era algo inadmisibile. Casi abominable. Chloe se avergonzaba de su hijo, pero mostraba esa comprensión maternal que hace que perdonemos a veces hasta las desviaciones más extremas de nuestros vástagos. Con infinita paciencia fue haciéndole comprender lo que estaba bien y lo que estaba mal. Moldeando sus actos, reforzando las aproximaciones conductuales correctas, castigando las miradas furtivas y excesivamente libidinosas. Poco a poco, con el paso de los meses, parecía que Bradley reconducía sus instintos hacia la norma. Aún así, su madre intuía que Bradley nunca sería igual que los demás. Ya no podía distinguir si, disimulaba y se comportaba como se suponía que tenía que hacerlo, o por el contrario realmente había cambiado. Ella se inclinaba a pensar que se trataba más bien de lo primero: su hijo era demasiado inteligente como para saber lo que le convenía y para evitar los problemas que su particularidad podría causarle en el mundo del No Sexo.

—Me voy a mi cuarto —dijo de pronto Bradley cortando en seco las reflexiones de su madre.

—¿Ya has terminado de comer? —preguntó ella.

—No tengo mucho apetito —aclaró él con un hilo de voz.

—De acuerdo, hijo; yo voy a comer un poco de fruta y me acostaré un rato en el salón.

Bradley se levantó sin decir nada más. Caminando lentamente se perdió por el pasillo en dirección a su habitación. Ella escuchó la puerta cerrarse. Cuando parecía que todo iba a quedar en silencio, la sirena de un coche de la policía reverberó con su clásica distorsión a medida que se acercaba y más tarde distorsionándose también al alejarse, hasta perderse en esa tarde gris.

Los ojos verdes de Irina y su sonrisa evanescente fundiéndose con la luz clara de la cafetería bailaban en el interior de los párpados de Bradley. Tumbado en su cama, intentaba inútilmente descansar. ¡Dios, cómo le gustaba esa chica! No podía quitársela de la cabeza desde que la viera en el campus por primera vez. Por desgracia todos los intentos de acercamiento hacia ella terminaban igual: él deslizándose paso a paso hacia un romanticismo intolerable y ella

rechazándolo sutilmente entre carcajadas. O yéndose con sus amigas. O prefiriendo tontear con Marcus. O proponiéndole a él un estúpido plan, como ir a la discoteca de ingravidez en compañía de todos sus amiguitos. En cualquier caso, una vez tras otra, regresaba a casa frustrado y lleno de rabia. Bostezó y luego recorrió con la vista su pequeño dormitorio: la ventana frente a los pies de su cama, la mesa y la silla a la izquierda, la estantería con los programas de ordenador, los discos duros portátiles y los escasos libros antiguos, el video-póster colgado de la pared, sobre la mesa, mostrando en ese momento la escena de un embarcadero con yates blancos balanceándose levemente al compás del oleaje. Y su escondite secreto. No es que desconfiara de su madre o pensara que ella le figaba sus cosas, pero más valía ser precavido. Después de haber visto a Irina sentía la necesidad apremiante de volver a leer lo último que había ocultado en su escondite. Se levantó de la cama de un salto y, de rodillas, quitó una tabla del frontal de la base de la estantería. Metió la mano en el hueco y sacó un pequeño libro con las pastas amarillentas y descosidas. Se aseguró de que el cerrojo de la puerta estuviera bien puesto y se echó nuevamente en la cama. Su corazón le palpitaba como al ladrón que está a punto de dar un gran golpe. Abrió el libro en cuya portada estaba escrito: «HOJAS DE HIERBA» y un poco más abajo «WALT WHITMAN» y leyó en silencio, paladeando cada palabra:

Una mujer me espera, ella todo lo contiene, nada le falta,
Pero todo le faltaría si el sexo le faltara, o si le faltase el
semen del hombre verdadero que ella necesita.
El sexo todo lo contiene, cuerpos, almas,
Significados, pruebas, delicadezas, resultados, promulga-
ciones,
Cánticos, órdenes, salud, orgullo, el maternal misterio, la
leche seminal,
Todas las esperanzas, beneficios y dones, todas las pasiones,
amores, bellezas, delicias de la tierra,

Bradley se detuvo. Respiró profundamente, notando el corazón más y más acelerado y luego continuó con la lectura:

Todos los gobiernos, jueces, dioses, camaradas del mundo,
Todos los que contenidos están en el sexo como parte de él
mismo y justificación de él mismo.
Sin vergüenza, el hombre que me agrada conoce y confiesa
las delicias de su sexo.
Sin vergüenza, la mujer que me agrada conoce y confiesa
las delicias del suyo.
Ahora, yo quiero apartarme de la mujer impasible,
Acudiré y permaneceré con aquella que me espera y con
las mujeres de sangre cálida y suficiente para mí,

Siguió recitando para sí mismo al tiempo que una erección luchaba como un ariete contra su pantalón.

Yo no accedo a retirarme antes de haber depositado aquello
que tan largo tiempo ha estado acumulado en mí.
A través de ti derramo los aprisionados ríos de mí

mismo.

Y te colmo con un millar de años del futuro anticipado,
Yo te injerto los injertos de lo que es más caro para mí y
para América.

Las gotas que yo destilo en ti se convertirán en impetuosa cosecha de muchachas ardientes y
atléticas, de nuevos artistas, músicos y poetas.

Los muchachos que contigo procreo procrearán a su vez
muchachos,

Yo requiero que hombres y mujeres perfectos surjan de
mis prodigalidades de amor,

Yo de ellos espero que se interpenetrarán con otros, como
yo y tú nos interpenetramos ahora,

Confío en los frutos de sus copiosas lluvias, así como confío
en los frutos de las copiosas lluvias que yo ahora en
ti vuelco.

Yo atisbaré las mieses amorosas que madurarán del naci-
miento, vida, muerte, inmortalidad que yo, tan
amorosamente, planto en ti.

Cuando Bradley terminó de leer, percibió la calidez de una lágrima deslizándose por su mejilla. Cerró el libro y lo volvió a guardar en su sitio, colocando de nuevo la tabla de la estantería. A continuación se desnudó y dio gracias al cielo al comprobar que, el paquete de pañuelos de papel, descansaba en el suelo, junto a la cama deshecha.